

Sin Miedo y sin Rencor

por Sebastián Salazar Bondy

Los aspectos pintorescos del régimen de Trujillo no interesan, esa es la verdad. El núcleo del libro de Galíndez, la parte más importante y trascendental, es la que atañe a la "constitucionalidad" de todos los actos oficiales, apariencia que la mayoría de los dictadores latinoamericanos se preocupan por mantener como cobertura de su conducta ilegal. "En Iberoamérica —escribe a propósito el autor del libro comentado—, la Constitución parece ser un "tabú" que todos reverencian por instinto y pocos aplican en la práctica. Casi nunca es un documento básico de Gobierno en que la generalidad está conforme; suele ser un instrumento partidista, un programa de acción política impuesto por el grupo predominante. Por eso cambia con tanta frecuencia, a medida que van y vienen los gobiernos. La Constitución no es permanente; pero todo nuevo régimen se apresura a escribir en otra Constitución más los métodos que quiere utilizar y los principios que quiere aplicar. El "tabú" pesa". La experiencia, que han vivido gran parte de nuestras naciones, prueba, de modo incuestionable, la veracidad de este aserto.

Para ilustrarlo, resulta excelente el caso de la República Dominicana. En ese país hermano —que precisamente por hermano despierta en nosotros tanto interés— se celebran elecciones periódicas, pero su resultado se falsifica; se elige un parlamento, pero sus legisladores —gracias al vicioso sistema, para los peruanos nada desconocido, de las renunciaciones previas— son removidos de sus cargos a voluntad del gobernante; se designan jueces, pero ellos carecen de independencia; se vive bajo el imperio de la ley, pero la ley es variada cada vez que estorba. La Constitución, en suma, manda, pero alguien, todopoderoso, manda sobre la Constitución y la modifica, también dentro de las normas, en cuanto constituye un obstáculo para cualquier propósito dictatorial. Tenemos que, en la letra, existe una República de tipo occidental, con una Ley fundamental, creada sobre el modelo norteamericano, pero que, realmente, se desenvuelve según una proteica práctica.

Como consecuencia, y en vista de que la Constitución acuerda a la ciudadanía los clásicos derechos cívicos, las libertades no son suprimidas por medio de principios objetivos. La opresión se manifiesta en forma sutil, buscando generalmente, más que la represión sangrienta —que no le es, sin embargo, del todo ajena—, la humillación moral que no deja huellas, que aísla y ahoga al rebelde en su propia rebeldía. Año tras año, período tras período, tal como lo manifiesta Galíndez con prolijidad académica, se ha afirmado "el ambiente difuso de terror que sella lenguas y pervierte espíritus". El fenómeno no es para argentinos, colombianos, venezolanos o peruanos, por ejemplo, extraño. Hemos sabido hasta qué punto ese senti-

miento de miedo a la cárcel, al destierro o a la mera desgracia económica permite ahuyentar la crítica y así levantar, ante los ojos extraños al problema, una obra material espectacular, un mundo de "paz y orden". "La Era de Trujillo", en su honesta imparcialidad, no deja de referirse a los aspectos positivos de las realizaciones trujillistas: balance del presupuesto y creciente aumento del mismo, liberación de las aduanas de la administración extranjera, pago de la deuda externa y mantenimiento de la moneda nacional a la par, además de las construcciones de diversa índole que han transformado la faz externa del país. Pero es fácil presumir que el adelanto y la prosperidad, por las cuales tan duro precio cívico se ha pagado, alcanzan únicamente a una clase social privilegiada, debajo de la cual la gran masa, especialmente la campesina, sigue soportando el peso de antiguos males.

Galíndez aventura en el final de su libro, cuyo extenso contenido es imposible de analizar en su totalidad, que el régimen de Trujillo "lleva en sí mismo la tragedia de su propio fin". No existe, a su juicio, salida normal para la futura sucesión. Faltarán, para cuando llegue esa hora, partidos políticos y fuerzas socio-políticas —en puridad, hombres entrenados para el ejercicio del gobierno— que afronten la situación y hallen solución para el conflicto que, en tal caso, sobrevendrá. No habrá, en fin, una Constitución. En esta tesitura, los grupos extremistas pueden aprovechar la incertidumbre, el descontento, la explosión ciudadana, para tomar el poder y afirmarse también dictatorialmente en él. No yerra el autor de este "estudio casuístico de dictadura hispanoamericana" —como él mismo lo llamara— cuando concluye que la propaganda contra Estados Unidos puede capitalizar a su favor —y de hecho lo capitaliza— el acuerdo que parece haber entre el régimen de la República Dominicana y las altas esferas del país del Norte. Según él, el único binomio que requiere prédica, en oposición de toda otra alternativa a que dé pábulo la existencia de un sistema por tantos motivos anormal, es éste: "libertad para todos los pueblos contra dictadura de cualquier color".

El libro del profesor Galíndez, cuya rara desaparición está tan estrechamente unida a su paciente redacción pide el interés de América. Hay a sido o no víctima de una venganza, la palabra independiente del autor conmueve cualquier corazón, especialmente el de aquellos en que sabemos que el pueblo dominicano tiene puestas las esperanzas, a mérito de una hermandad natural que emana de la comunidad de origen y destino. De nada valdrán, a la postre, amenazas y atropellos, puesto que la verdad, tarde o temprano, prevalece. En su holocausto, penoso y vital, se escribe lo que escribió Jesús de Galíndez en "La Era de Trujillo", un libro sin miedo, pero también sin rencor.